

A PROPOSITO DEL CENTENARIO DE LEIBNIZ

Por FRANCISCO ROMERO

En el tercer centenario de su nacimiento, la evocación de la gigantesca figura de Leibniz no podrá ser —como ocurre para tantas otras conmemoraciones— el mero cumplimiento de un deber de piedad retrospectiva, un testimonio más de que la humanidad no olvida. No se entienda con ello que sea asunto de escasa monta la periódica rememoración de las vidas ilustres, según las fechas del calendario de los siglos. Para el hombre recordar es tanto como ser, porque el hombre es ante todo una conciencia, y desde cierto punto de vista extenso, conciencia y memoria vienen a ser la misma cosa. Lo que confiere al hombre su excepcional colocación y destino entre los seres vivos es en primer lugar haberse convertido en un acumulador de pasado en el orden psíquico-espiritual, y no sólo en el orden orgánico, como los otros vivientes; el potencial de contenidos y posibilidades que de aquí resulta le ha otorgado su extraña índole explosiva, su vocación para lo imprevisible, su contradictoria condición de verse siempre por encima de su ser actual, hasta el extremo de que su verdadera realidad sea la suma de su realidad efectiva y cotidiana, y de esa sombra idealizada de sí mismo que de continuo va delante de él. Ya empieza a ser difícil sostener que sólo el hombre tiene historia; la distinción entre historia y naturaleza probablemente ha de atenuarse más cada día. Si, como yo creo, todo lo temporal es histórico en el más pleno sentido, lo importante será establecer discriminativamente los modos de la historicidad —de la función temporal— en los distintos planos de lo inorgánico, lo vital, lo psíquico y lo espiritual. Sin duda, la retención más plástica, rica y movilizable del pasado es la psíquico-espiritual; sólo ella ha sido calificada de histórica hasta ahora, y en su misma inestabilidad reside por excelencia la fuerza prospectiva, la capacidad de previsión y de avance específica del hombre. Acudir a esa esencial reserva es, desde luego, ilícito

cuando se va a ella en retroceso para erigir algunos de sus momentos en módulos válidos de una vez por todas, cuando se aspira a reanimar artificialmente formas pretéritas, contrariando así la tendencia viva de la acumulación temporal a engendrar sin reposo nuevas configuraciones del más inesperado cariz. En cambio, es obligación recordar y honrar la mayor cantidad de pasado posible, porque cualquier pérdida en él es pérdida actual para todos, y cualquier negligencia o menosprecio en que respecto a él incurramos importa también despreciarnos y desconocernos. Todas estas reflexiones son de oportunidad al hablar del hombre que más que otro alguno en su época sintió correr la historia por el fondo del espíritu humano, y cuya mejor definición está en la expresión suya que dice: “Chargé du passé et gros de l’avenir”, y procuran aclarar que cuando se dijo al comienzo que esta conmemoración no podrá ser el mero cumplimiento de un acto de piedad retrospectiva, se distaba mucho de atribuir poco valor a la conmemoración lisa y llana.

Sentado que el hombre se niega a sí mismo con el olvido del pasado, han de distinguirse dos tipos de conmemoración. Algunos aspectos del pasado se nos aparecen claros y definidos, en lo esencial no suscitan problemas y los evocamos apaciblemente, retro trayendo ante nuestros ojos un cuadro bien conocido. Pero para otros aspectos persisten o surgen de improviso dificultades de peso, obscuridades, dudas, y cuando la atención se proyecta por cualquier motivo —tal una conmemoración— hacia ese tramo del pasado envuelto en niebla de incertidumbres y flanqueado de interrogantes, aparece más que anteriormente la urgencia de la aclaración, el ansia de un nuevo balance que ponga la cuestión en cifras definitivas. En esta segunda situación entra Leibniz, por razones que a continuación veremos; pero conviene agregar al instante que para él, así como no será eludible intentar un nuevo balance, tampoco será hacedero por ahora conducirlo a término con probabilidades de éxito. Sólo la colaboración científica internacional hubiera podido afrontar en forma cabal tamaña empresa, para la cual estaban en marcha trabajos que interrumpió la reciente catástrofe; algunas de las voces que se hubieran escuchado con mayor interés —tal la de Cassirer— han callado para siempre o no podrán hacerse oír, y su silencio final o pasajero apenas será advertido entre los rumores y peligros de una tensa y con turbada etapa de postguerra. Es de notar que el movimiento de in-

vestigación sobre Leibnitz y la edición de sus obras arranca en lo capital precisamente del segundo centenario de su nacimiento.

Por motivos diversos, como se apuntó antes, el pensamiento de Leibniz no se nos presenta todavía con nítidos y seguros contornos. Nitidez y recorte perfectos no creo que nos pueda ofrecer el de ningún filósofo, pero en el plano de la historia y de la crítica filosóficas —plano histórico, al fin y al cabo— nos movemos entre relatividades, y dentro de la relatividad inevitable contamos ya con abundantes seguridades. Por ejemplo. Descartes y Spinoza no plantean actualmente enigmas graves por dilucidar, con lo que no se significa que todo sea cristalino y terso en sus sistemas, sino más bien que lo aclarable está más o menos aclarado. A ambos pensadores conviene ante todo referirse al tratar de Leibniz, porque con él componen uno de los grandes trayectos de la historia de la filosofía, el del racionalismo moderno. Acaso muchos de los problemas que suscita Leibniz provengan en lo esencial de situarse tras ellos y de acabar en él la línea del racionalismo.

El más notorio impedimento para abarcar en su conjunto las ideas de Leibniz proviene de su modo de producción. Mente en continuo hervor, escritor copioso, no entra en sus planes aislarse del mundo circundante. Descartes incubó su filosofía en el retiro y el silencio —“bene vixit qui bene latuit”—, y Spinoza, celoso de su independencia y de su tranquilidad, llegó hasta rechazar la cátedra de filosofía en Heidelberg que le ofreció, con grandes encarecimientos, el Elector Palatino, arguyendo que nunca había sido tentado por la enseñanza y que ya en su vida de simple particular había padecido los ataques de la intolerancia lo bastante para evitar atrérselos más violentos con la actividad pública. Leibniz une a una prodigiosa productividad, que comprende muy distintos campos del saber, una acción enderezada a lo externo: planes para la organización del trabajo científico, para la reforma y concordia religiosas, para la alta política. Mantiene relación con los poderosos, influye en algunos; desempeña en París, sin éxito, por lo demás, una delicada misión diplomática. Sus escritos son casi todos de circunstancias, muchos de ellos con dedicatoria, y en gran parte cartas; a veces habrá que descontar en ellos la concesión hecha, voluntaria o involuntariamente, al destinatario. De ahí un criterio propuesto por alguno de sus críticos: que la exposición más fiel de sus ideas habrá de buscarse en las pá-

ginas dirigidas a los destinatarios más adecuados para entenderlas en toda su pureza y profundidad, de donde la valoración de la correspondencia con Arnauld. En todo caso, los tratados deben ser complementados con los desarrollos y puntos de vista contenidos en las cartas, verdaderos tratados, a su vez, en muchas ocasiones.

Esta proliferación y dispersión traen consigo que más que para cualquier otro pensador moderno sea necesario disponer de ediciones completas y bien ordenadas, aptas para la comparación, la integración de los diversos planteos, la restauración del pensamiento del filósofo en su plenitud. Y este requisito dista mucho de cumplirse. Leibniz muere en 1716, sin haber publicado más que uno de sus trabajos filosóficos importantes, la *Teodicea. Los Nuevos Ensayos sobre el Entendimiento Humano*, elaborados en 1704, sin disputa el mayor aporte del racionalismo a la teoría del conocimiento, confrontación y polémica con la obra de título semejante de Locke, resolvió Leibniz mantenerlos inéditos al enterarse del fallecimiento del filósofo inglés, y aparecieron por vez primera en la edición Raspe, 1765. Mucho más debieron esperar el *Discurso de metafísica* (1686) y la correspondencia con Arnauld, publicados juntamente en 1846. Bertrand Russell destaca la singular significación de estos escritos, desenterrados tan tardíamente, con estas palabras: “Sentía yo, como lo han sentido otros, que la *Monadología* era una especie de fantástico cuento de hadas, acaso coherente, pero completamente arbitrario. En esto estaba cuando leí el *Discurso de metafísica* y las cartas a Arnauld. Una repentina iluminación aclaró entonces hasta los recovecos más escondidos del edificio filosófico de Leibniz, y vi cómo habían sido profundizados los cimientos y cómo brotaba de ellos la superestructura”. Otros tratados habían sido publicados a menos distancia de la muerte del autor: los *Principios de la naturaleza y de la gracia*, en 1718; la *Monadología*, en versión alemana, en 1720, pero el original francés sólo en 1840.

Las ediciones que sucesivamente han aspirado a recoger la obra completa están muy alejadas de cumplir el propósito. Los manuscritos se hallaban en la biblioteca de Hannover, incluyendo unas quince mil cartas, muchas de ellas no publicadas. La carencia de una edición completa y, en lo posible, definitiva, como las que ya se poseen para casi todos los clásicos, determinó que en 1901 la Academia de

Ciencias Morales y Políticas de París presentase al primer Congreso de la Asociación Internacional de Academias el proyecto de una edición total, cuya realización debía correr a cargo de la nombrada Academia Francesa y de la Academia de Ciencias de Berlín. Sobrevenida la guerra de 1914-18, quedó roto el compromiso y más adelante la Academia berlinesa resolvió publicar la edición por su cuenta, bajo la dirección y cuidado de un grupo de especialistas dedicados desde años atrás al estudio de los manuscritos a cuyo frente estaba Paul Ritter, que ha consagrado su vida a la investigación de Leibniz. Es de interés recordar que Ritter, probablemente la mayor autoridad en el asunto, declaró alrededor de 1924 que sólo después de terminada esta edición sabríamos con rigor a qué atenernos sobre la significación y evolución filosófica de Leibniz. Como punto de partida y base previa, se venía elaborando desde los primeros años del siglo un catálogo crítico de los manuscritos. La empresa fue concebida en proporciones monumentales. Debía comprender la edición —orgullosamente calificada de la única completa y limitada a seiscientos ejemplares numerados— unos cuarenta grandes volúmenes impresos a todo costo, distribuidos en siete series: epistolario general, político e histórico; epistolario filosófico; epistolario científico y técnico; escritos políticos; escritos históricos; escritos filosóficos; escritos científicos y técnicos. De la parte filosófica, creo que únicamente llegaron a salir los tomos iniciales de las dos series; me detendré un poco en ellos porque supongo que contadas personas los han visto entre nosotros, y no sé que se hallen en nuestras bibliotecas, nunca muy preocupadas, por lo común, en tener al día sus colecciones filosóficas.

El primer volumen del epistolario filosófico apareció en 1926. Como para las demás series, la publicación suponía un larguísimo trabajo preparatorio. Los problemas que se suscitaron fueron resueltos tomando como criterio el fin de la edición: “proporcionar los materiales para la indagación y aclaración histórico-genética de la visión del mundo de Leibniz”. Además de las cartas total o parcialmente filosóficas, se resolvió incluir las que indirectamente tocaran asuntos filosóficos o tuvieran atinencia con la evolución filosófica del autor; desechada la distribución por temas como inadecuada en cosa tan múltiple y viva como es el comercio epistolar, se mantuvo el orden cronológico apropiado para reflejar el estado de ánimo del filósofo en su natural unidad y sucesivos cambios. El material se reparte en tres

secciones, según los lugares de residencia del autor: Leipzig y Mainz (1663-1672), París (1672-1676) y Hannover (1676-1685); los editores advierten que la circunstancia local es importante y va más allá de un mero cambio de escenario, porque Leibniz no es el mismo en París que en Leipzig, ni en Hannover que en París. De las doscientas cincuenta y ocho cartas recogidas en el volumen, la mayoría son de Leibniz y ciento doce de sus corresponsales, entre los cuales se cuentan muchas de las más famosas personalidades de su tiempo: Hobbes, Otto de Guericke, Comenio, Spinoza, Arnauld, Gallois, Malebranche, Mariotte, etc.

El primer tomo de los escritos filosóficos es de 1930, en las vísperas; por lo tanto, de los acontecimientos que trastornaron en Alemania toda libre actividad intelectual hasta acabar con cuanto no fuera propaganda y pensamiento regimentado. En esta serie la ordenación temporal absoluta no era recomendable ni acaso posible, tanto por la incertidumbre de muchas fechas como por el desarrollo durante largos períodos de ciertos temas, en trabajos y esbozos cuya íntima unidad y secuencia quedarían rotas al intercalarse entre otros materiales de muy diverso asunto. Se optó por un régimen intermedio; dentro de una marcha general cronológica, la agrupación por asuntos, y de nuevo en el interior de cada uno de estos grupos el orden cronológico. La primera sección del volumen (época de Leipzig y Altorf, 1663-1666), comprende los escritos del período universitario: la disputa sobre el principio de individualización; la disertación *De arte combinatoria*, primera muestra de un tema que había de ocupar lugar de preferencia en las preocupaciones de Leibniz, y varios escritos sobre derecho. La segunda sección corresponde a la época de Francfort y Mainz, y va de 1667 a 1672, dividida en dos porciones, una para trabajos jurídicos y la otra para escritos teológicos.

El filósofo de la armonía y la concordia, el que, como ha dicho Dilthey, “simpatizaba con todo y todo lo comprendía”, ha sido por dos veces víctima de la discordia humana. El legado de un clásico se materializa en la edición que hace fe y lo presente en su integridad; en ella más que en ninguna otra parte cobra imperecedera vida póstuma, y desde ella nos habla de manera que recibamos su mensaje con confianza. Para pocos, como se ha visto, era más necesaria que para Leibniz la colección total y bien dispuesta de los escritos; ya creíamos cercana su realización, cuando de nuevo se convierte en un

ideal lejano. Así llegamos al tercer centenario del nacimiento del filósofo. Poseemos de él una imagen con muchos perfiles seguros y un cúmulo de interrogantes; abundan las interpretaciones dispares. A esa imagen y a algunas de las interpretaciones he de referirme próximamente.

Francisco Romero

SOBRE UNA OBRA DE OSCAR WILDE

Por HERNANDO RIVAS IRIGOYEN

Resulta curioso que Oscar Wilde hubiera escrito una obra como "La mujer sin importancia". No tanto por provenir de su genio, que sí lo fue y de altos quilates; paradójico, y además incomprensible por su vida. Es cierto que las más de las veces no coincide la idea que nos hemos formado de un autor con el personaje frío, escueto y veraz que se nos presenta en la realidad. Mas, es francamente incompatible, que un escritor por más desalmado e inconsecuente con sus propias ideas, pueda llevar tan emocionalmente, tan llena de calor, una producción fruto indudable de su ingenio pero también de su corazón. La vida de Wilde, en verdad, no puede ser más inmoral, más llena de lacras y de vicios, hasta donde nos permiten una apreciación aparente de ella. No conocemos a fondo su existencia, ni sería posible conocer los íntimos pliegues de su sensibilidad por más devotos investigadores que fuésemos. Además, la sombra del genio, nos cobija solo por el reflejo de sus obras. Su vida... ¡vamos!, sería ya imposible reconstruirla puesto que nos hallamos cronológicamente muy distanciados. Uno de los intentos más valiosos ha sido el de Ramón Gómez de la Serna pero su labor crítica se resiente de unilateralidad; sólo lo enfoca por un aspecto: el célebre proceso que escandalizó a todo un círculo social inglés.

"Una mujer sin importancia" —podemos eso sí con certeza— fue vivida, mientras la pluma trazaba sus letras, la mente le impulsaba sus líneas directrices y el corazón le inculcaba los más recónditos detalles psicológicos dentro de sus protagonistas. Todos sabemos a grandes rasgos de la abyecta, mas no por eso desgraciada vida de su autor. Sin embargo, en sus ratos de amargura, debió sentir el anhelo impetuoso de una trayectoria límpida, pura, sin las cadenas trágicas del vicio y con el resplandor áureo de la virtud. Las almas más pecaminosas desean vivamente, en momentos de crisis y desengaño,